

Historia de un moralista

Alba Milena Arias Silva

La cara de la tortuga cae en la mitad, tiene un sólo ojo. “Tranquilo” me digo constantemente, mientras escribo para aliviarme, para darme palmaditas en la espalda. Afuera todo el mundo es diferente. Hay una lucha de clases sociales, es banal la lucha, pero es una lucha, todos desiguales. Sesenta mil pesos hay en mi bolsillo, casi nunca he tenido de sobra, así ha sido con todo, con el desprecio igual.

En mi habitación hay una cama blanda, un retrato, algunos muebles, grandes ventanales, una biblioteca, un hombre desolado, una pequeña mesita café para el computador y un computador, pero antes, ayer, estaba desierta. Dormía en el piso, tendía una frazada y me tiraba a pensar. Sí, ahora también estoy pensando, pero lo de fuera me abrume, pienso sobre un comfortable mueble, al lado de una cama, escuchando música, *ser un guerrero de sangre para que nadie te haga daño*, escupe Caifanes.

¡Robar! Me asalta el llanto, deambulo de un lado a otro, ya no hay mucho espacio, la cama, la mesa, la biblioteca, el ruido de las sirenas... Mi cama no se ve como en el centro comercial

y la mesita es caqui no café, ¡mierda no es café! No sale, aja, tampoco entra. Los miro desde el piso, son muy altos, yo en cambio soy fundamentalmente bajo, bajísimo, como el sótano de un motel. Trueco mi vida por una de esas noches. La madrugada de la agitada capital y los lamentos de Silvio llamando la mañana.

Robé, me perdí en un gran centro comercial, me sumergí en su laberinto y cuanto más tomaba, tomaba más, ahora quiero menos, abrazo una cobija y me tiro en el piso a pensar. Entonces sueño algo, el sueño recurrente, el repetido: cae la tarde y toco enérgicamente las campanas anunciando la misa, de pronto miro hacia abajo, Jesús se desclava de la cruz, deja en las puntillas rastros de su carne, se estira, se encoge, se retuerce como un gusano y empieza a llorar, corro a su auxilio, lo miro con piedad. Las malditas sirenas me ahuyentan el sueño, me esculcan los miedos, los sacan de todos lados.

Me descubrí en mi dolencia existencial, ahora mismo tiro las cosas, me baño en gasolina, enciendo la mechera, me siento fenomenológicamente pirómano, me defino Fénix. Las sirenas ya no están.